

Marchantas

Angel Azael López Villarreal*

*A todos los comerciantes
que se ganan la vida honradamente.*

Un nuevo día, gritos alrededor que se confunden con llo-riqueos a causa de berrinches de pequeños. En el interior del mercado Las tres Mercedes, las rolas pegajosas aglomeran el lugar, y más todavía por los gritos que salen de los negocios. Huele a fruta, a verdura, a cecina, a queso, a pescado, a mierda de pollo; ¡No sé!, es el olor de gente intentando ganarse un taco.

La avenida principal se encuentra repleta de un tráfico interminable que hace brotar desesperación en los choferes. Las señoras emperifolladas con la frente en alto caminan y llevan una bolsita para el mandado en el que sólo le caben como tres manzanas. En los callejones se asoman vendedores ambulantes alojados cerca de una dulcería y una papelería multiusos. Enfrente, se encuentran dos marchantas, cada una colocada en su respectiva área de trabajo. Sus puestos están surtidos. En cada jícara hay frutas; en los canastos, verduras y hierbas como el cilantro y el perejil que están amontonados junto a las coles.

Pese a que cada una tiene su venta, siempre se animan, ayudan y cooperan para almorzar juntas. Hay que decir que Claudia fue la primera en ocupar ese puesto, una mujer de cincuenta años; mientras que la otra es joven. Se cuenta que cuando se conocieron fue un tanto extraño; un poco fuera de lo común, pero para no hacérselas tan larga, la historia de estas dos marchantas va más o menos así:

En una fresca mañana, Claudia se apuraba para dejar en orden su lugar antes de las siete. Al terminar, se sirvió un poco de café que traía en su termo, lo saboreó con tranquilidad y se sentó sobre su caja vacía. Algo a gran distancia la sorprendió, pues un triciclo venía a toda velocidad y se dirigía hacia ella. Era una chica con un niño,

* **Estudiante de Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Letras Españolas, Universidad Veracruzana.**

Al día siguiente, Claudia llegó un poco tarde. Se desconcertó un poco al ver a la chica instalada. Se medio saludaron y cada quien ocupó su puesto. Tal vez ese era un buen día para romper ese famoso “hielo”, pero parecía que no.

llevando consigo varias cajas. Los aspectos de ambos eran bastantes sencillos; Claudia supuso que eran madre e hijo. Sorbiendo un poco más de la tapa del termo, sólo vio cada una de las cosas que ellos ponían, tal vez disimulando no estar interesada en lo más mínimo; pero realmente sí lo estaba, pensó: “una competencia, qué lata”.

La chica saludó, ella hizo lo mismo, pero con algo de indiferencia. Cuando terminó de instalar su puesto, la chica le dio un beso en la frente al pequeño dándole unas cuantas recomendaciones. Pronto el niño se retiró llevándose el triciclo, volteando constantemente para agitar su mano hacia ella.

Hacía menos frío. Ambas en sus lugares se mantenían quietas, esperando con paciencia la primera venta del día. Los minutos parecían eternos y Claudia ya se había terminado su café. Se ajustó su rebozo y miró disimuladamente a la chica de al lado, de igual forma se sentía algo incómoda, ya que durante mucho tiempo había estado sola en ese lugar. En ese momento llegaba un cliente, éste se dirigió a doña Claudia para saludarla, a lo cual ella hizo lo mismo, a su vez sacudía los rábanos para dárselos al señor, éste le daba una moneda y ella lo guardaba en su mandil. El sujeto se retiraba.

El día tomó su curso, y los puestos se llenaban; aunque más el de Claudia, quien en su mandil se dejaban ver jugosas ganancias. Mientras tanto, la chica de al lado sostenía su mandil y sólo miraba sus escasas monedas en él. Se sentó sobre el banquito y observó con desaliento su venta. Sostuvo la jícara y comenzó a rociar las verduras.

Eran las seis de la tarde y un triciclo se aproximaba, no era del niño, era del esposo de Claudia, quien, a su vez, rápido la ayudaba a desmontar el puesto. Claudia se retiraba pronto de ahí, sin tan siquiera despedirse. Logró ver a la muchacha cómo miraba hacia la dulcería.

Al día siguiente, Claudia llegó un poco tarde. Se desconcertó un poco al ver a la chica instalada. Se medio saludaron y cada quien ocupó su puesto. Tal vez ese era un buen día para romper ese famoso “hielo”, pero parecía que no. Eso hasta que Claudia le dio una recomendación a la chica:

—No vas a vender nada así; ofrécele a la gente, hija.

La chica asintió un poco avergonzada tomando la sugerencia, siendo así un día de mayor provecho.

Llegó el martes, y fue la chica quien decidió sacarle plástica a doña Claudia:

—Creo que se han de echar a perder muy rápido los plátanos por el calor, ¿verdad?

—Ya ni me digas, por eso trato de ofrecerlos primero.

—Me imagino. —respiró con algo de timidez. —Por cierto, ¿cómo se llama?

—Claudia, hija. ¿Y el tuyo?

—Rosa. Y dígame, ¿cómo cuánto tiempo tiene de estar vendiendo aquí?

—Pues como cuatro años. ¿Tienes experiencia vendiendo algo?

—No, pero siempre ayudé a mamá con su pollería desde muy pequeña, antes de ir a la escuela.

— ¿Fuiste a la escuela?

—Fui a la primaria, pero desde que mi mamá se murió cuidó a mi hermanito. Él sigue estudiando, yo le digo que tan siquiera termine la secundaria, para que pueda defenderse un poco.

Claudia se sintió algo sorprendida por el diálogo sereno que habían tenido durante ese día, de cierta forma quería saber más sobre la chica; sin embargo, guardaba cierta distancia.

Rosa se sorprendió en una conversación:

—Oiga, siento como si las demás marchantas no nos tomaran en cuenta, ¿por qué este lugar está tan solitario?

—Estamos nosotras dos, ¿quieres más competencia?—sonrió tranquilamente.

—Me refiero a que usted es la única que vende aquí, es raro que las demás estén hasta allá y usted esté acá sola.

—¡Ah!, tal vez les gusta el sitio de allá y a mí éste, es cuestión de gustos, hija. Además, creo que a nadie le gusta estar frente a tantas tiendas, pero a mí me ha funcionado.

Pero no se debía a eso, había algo más. En días posteriores surgió un malentendido:

—Le juro, doña Claudia, que no vi su billete de cien pesos.

—Mmmta, es extraño que no lo tenga. ¿Segura que no lo viste?

—No, búsquele bien, tal vez lo metió en otro lado.

Pero como si la incertidumbre de ese momento no fuera suficiente, un cliente llegó al puesto de Rosa. Ella le entregó a él un billete de cien, Claudia sospechó y de inmediato la interrogó:

— ¿Y qué me dices de lo que acabas de darle al don?

—Ah, pues él me pagó con un billete de a doscientos y tenía que darle su...

—Cualquiera estaría de acuerdo conmigo de que tú lo tomaste. ¡Regrésamelo!

—Pero si yo no agarré su billete, lo traje de mi casa por si las dudas y...

—Saca ahora lo de “por si las dudas”, babosa. No engañas a nadie. Creí que eras una chica de fiar, pero me equivoqué.

Sin más disputa, Claudia se levantó de su caja y se dirigió enojada al puesto de Rosa. Sin pensarlo más, tomó una de sus jícaras y la estrelló sobre el pavimento; pero antes de que se soltara una riña, llegó el esposo de Claudia. Ajeno a lo que sucedía, saludó primero a Rosa:

—Hola, Rosita. —Luego abrazó a su mujer para preguntarle: — ¿Cómo te fue, vieja?

—Bien. —Claudia lo dijo tan seco mientras veía con recelo a Rosa, ésta tumbó su mirada a otro lado y el esposo, algo desconcertado, subió las cosas al triciclo. Se retiraron.

Llegó el fin de semana, pero fue un domingo frío y con cielo grisáceo. Ese día ambos puestos se mantenían separados. Era tan raro verse de esa forma, ya que doña Claudia permanecía donde siempre, mas ahora Rosa se hallaba en la otra esquina. Lados opuestos. Ambas se miraban con indiferencia y trataban de llamar la atención de los clientes para que cada una vendiera en abundancia; no se sabía si era por rivalidad o por aprovechamiento para no irse con las manos vacías en ese día tan muerto.

De pronto, unas ligeras pringas comenzaron a caer del cielo, doña Claudia abrió la enorme sombrilla y se cubrió con el suéter. Rosa hacía lo mismo usando una bolsa de plástico como capa improvisada, pero no le alcanzaba para cubrirse del todo; lo peor era que el puesto se estaba mojando, así que decidió taparlo todo y quedarse sentada abrazada a ella misma.

Realmente no tenía dónde cubrirse, pues carecían de láminas muchos de los negocios, y el único lugar en donde podía taparse era en esa dulcería, pero le quedaba algo lejos y no quería descuidar su puesto. La otra opción era cubrirse cerca de donde estaba Claudia, más esa idea le parecía tan fuera de lugar, pues no compartiría un pedazo de techo con ella. Además estaba de más ir, pues si lo hacía se mojaría. Así que permaneció sentada tiritando.

Ambas pensaron que la lluvia se quitaría, pero no fue así, ya llevaba prolongándose por más de veinte minutos sin hallar su fin. Lo peor era que el viento resoplaba con mayor fuerza y las jícaras se tambaleaban más. Su

fuerza provocó que una de las jícaras de Claudia cayera. Rápidamente se levantó a recogerlas, pero el viento hacía de las suyas al ser más agresivo, lo que llevó a que las coles comenzaran a rodar por un charco sucio. Rosa miró cómo se le caían las coles y comenzó a reírse. Bien dicen que al que escupe “pa rriba” le cae en la cara, pues se le había hecho justicia a Rosa, mas su burla le valió para que se escupiera ella misma, ya que el viento ahora era justo con doña Claudia, pues éste se dirigía al de Rosa haciendo volar el pedazo de plástico que cubría su negocio. Claudia también optó por reírse.

Rosa no soportó más humillación y dejó su puesto para defenderse de una vez por todas, Claudia hizo lo mismo. Al toparse bajo la banquetta, los gritos no se hicieron esperar. El impacto y la abundante agua que caía no disipaban a la gente que contemplaba la riña enardecida. Las dos marchantas estaban bien entregadas a su griterío, sin advertir a un coche que venía a gran velocidad para bañarlas con el agua del charco cercano a ellas. Sorprendidas se miraron frente a frente; no hicieron más que reírse.

Doña Claudia invitó a Rosa a su puesto en donde pronto se hallaron cubiertas. Sin decir nada, continuaron riendo. El aire se detuvo sólo para estremecerse hacia ellas, pues el paraguas se levantó y las varillas también, haciendo que quedaran a la intemperie. Juntas, casi como madre e hija, se carcajearon de forma descontrolada; he aquí a la naturaleza como la vencedora ante cualquier obstáculo.

Pasó poco más de media hora para que el agua parara. Medio cubiertas por el techo del negocio, vieron cómo las nubes negras se comenzaban a retirar.

— ¡Qué grosera fui ayer, hija! No sé, a lo mejor alguien se lo encontró tirado y no me dijo nada. Por eso nadie quiere estar aquí conmigo, siempre soy así de chocante y grosera.

— ¿Quiere decir que por eso está sola en este lugar?

— A nadie le caigo bien. Por eso me sorprendí cuando ocupaste este lado conmigo, tal vez nadie te dijo nada de mí.

— La verdad sí lo hicieron, pero no escuché a lo que...

— Disculpe, doña Claudia. — una señora interrumpía mientras las veía detenidamente. — ¡Ay!, ¿qué les pasó? ¡Miren cómo están! ¡Bien mojadas!

— Sí, dígame, doña Elia. No ha sido nada, sólo fue un accidente.

Rosa no soportó más humillación y dejó su puesto para defenderse de una vez por todas, Claudia hizo lo mismo. Al toparse bajo la banquetta, los gritos no se hicieron esperar.

—Está bien, cómo sea. Aquí le dejo lo que ayer le debía, ya ve que pensaba pagarle con un billete de a cien tempranito, pero me lo regresó y me dijo que se lo pasara hasta que tuviera cambio. Disculpe si no vine a dejárselo.

Doña Claudia observó el dinero al igual que Rosa, ambas se sentían impresionadas, al mismo tiempo sonrieron.

—Bueno me despido, qué tengan un buen día, espero y no pesquen un resfriado, mujeres.

Ambas marchantas dialogaban por lo acontecido, doña Claudia miró los veinticinco pesos que tenía en su mano.

—Y ahora qué hacemos con este dinero, ¿quieres algo?

—No, como cree, doña Claudia; es suyo.

— ¿Segura que no? Gastémonos este sencillo.

Rosa pensó un poco; tronó sus dedos al pescar una idea y dijo:

— ¿Sabe qué? Mejor vayamos a la farmacia por unas pastillas para no agarrar un resfriado.

— ¡Ni Dios lo quiera, mija! ¡Vamos!

Y fue así como estas marchantas dieron inicio a una estrecha amistad que se sigue dando hasta el día de hoy. Si no me creen, vean con sus propios ojos a ambas saludarse y deseándose con buena fe: suerte.

Una paloma se posaba sobre el banquito de Rosa. El sol resplandecía más y sólo se dejaba escuchar sobre las avenidas el escurrir del agua semejante al de un río.